

Catecismo Universal, ¿misión imposible?

LA fe cristiana en sí no es algo complicado. Es exigente, que no es lo mismo. Pero la exposición de los diversos contenidos de la fe, como síntesis de convicciones y no como simple yuxtaposición catalogada de «verdades» abstractas, es tarea muy difícil. En un mismo siglo, no todos los habitantes de la tierra son contemporáneos. No sólo les separa el idioma, sino, sobre todo, la mentalidad, el entorno cultural, la situación vital. El yuppie agresivo de la Bolsa de Tokio poco tiene que ver con el campesino de un pueblecito de Aragón o Galicia, con un jefe de tribu del centro de Africa, con un adolescente de los países nórdicos o con una india del altiplano de Bolivia o Perú. Y un monseñor de la curia romana no habla el mismo lenguaje teológico que un misionero en islas perdidas de Oceanía.

Por ello, pretender redactar un «catecismo universal» para la Iglesia católica es misión casi imposible. Pero, por otra parte, la Iglesia católica se siente con la misión y la obligación —ésta es su esencia— **de proponer** la riqueza de su fe a las gentes de todos los tiempos y todos los rincones.

En este mismo número encontrarán nuestros lectores un estudio documentado sobre las fases de preparación del texto del Catecismo, las numerosas consultas y los muchos miles de

enmiendas. Las ediciones sucesivas en diversos países europeos han sido, en pocas semanas, multitudinarias. En Francia se calculaba que para Navidad se había llegado ya al medio millón de ejemplares vendidos. Estamos ante lo que ha sido calificado como «el fenómeno editorial del siglo».

ALGÚN sociólogo ha estudiado ya los «tipos» de lectores de este catecismo. Los divide en cuatro grupos: uno de ellos sería «el público de Juan Pablo II». El Papa considera el catecismo como uno de los elementos más importantes y característicos de su pontificado. Un segundo grupo, tradicionalista, quiere enjuiciar este «nuevo» catecismo a la luz del de Trento. La tercera clase serían los católicos más avanzados, que tienen curiosidad por clasificarse a sí mismos ante las tendencias del momento actual de la Iglesia. Por fin los católicos «ocasionales» (contactos esporádicos con la Iglesia) se preguntan si pueden seguir dentro o si deberían despedirse definitivamente de la fe católica.

Todas estas personas, en grado diverso de intensidad, están fundamentalmente dentro de la fe. Todos ellos, con matices, encontrarán en el catecismo una síntesis amplia, clara. Sigue una línea más afirmativa y expositiva que apologética y agresiva. Expresa con pacífico gozo la fe en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu. Ha sabido hacerse eco de cuestiones de nuestro tiempo, p.e., la pena de muerte y las obligaciones fiscales. Ha reconocido la gran importancia de la propia conciencia («el primero de los vicarios de Cristo» en frase de Newmann) y quiere impulsar el diálogo con todos los hombres de buena voluntad. Una sana inquietud pedagógica ofrece, de cuando en cuando, «resúmenes» que podrían ser aptos incluso para ser aprendidos de memoria. Estos cuatro grupos de lectores, en conjunto, se sitúan mucho más cerca de una fe poseída pacíficamente que de una actitud de búsqueda, de incertidumbre, incluso de angustia ante la dificultad de creer. En estos lectores tiene mucho más peso la fe como respuesta que la pregunta por el sentido de la vida.

Pero no todos los católicos son así. No sabemos incluso si la mayoría viven hoy su catolicismo de esa manera.

¿Qué pensar de los católicos cuya fe está enmarañada en no pocas dudas? Les parecerá que en el catecismo se explican muchas cosas, que aparecen todas con la misma importancia. Para una conciencia recta y bien formada todo parece estar igualmente claro. Y como todo se afirma con tanta nitidez, no parece quedar mucho sitio para la propia reflexión personal o espacio para la incertidumbre o aun el legítimo disenso.

Si estos temores tienen algún fundamento, entonces el catecismo vendría a iluminar a los ya pacíficamente convencidos, pero no sería un puente para los que se preguntan con pasión, para los que buscan y están más o menos alejados.

LA jerarquía de la Iglesia, y de un modo especial el propio Juan Pablo II, han impulsado muy decididamente la preparación de este catecismo. Y lo han hecho con el deseo de ofrecer líneas claras y seguras de fe y de actuación. Es éste un empeño pastoral muy de agradecer. Hemos de reconocer, al mismo tiempo, que la jerarquía no es toda la Iglesia. Y que ésta no puede encerrarse, ensimismada, en su propio aprisco. Toda iniciativa, también el catecismo, tiene que pasar, forzosamente, la prueba de fuego de la vida. Que no es otra que la de ver si fomenta decididamente la fe de los cristianos: vivirse adultamente como hijos de un misterio de amor personal y sentirse empujados a vivir más de lleno y desde dentro —para humanizarlo— el porvenir de la sociedad y del hombre. La recepción serena del catecismo irá poniendo de manifiesto sus aciertos pastorales y desvelará también inevitablemente sus insuficiencias.